

Relatos marineros

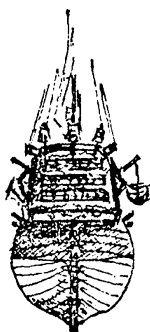
(De la vida anecdótica)

ALGO SE LLEVO EL TORNADO

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de fragata (R), Armada de Chile



IGNORO DE QUIEN fue la idea, en la era moderna, de bautizar los tornados, ciclones o huracanes tan comunes en los mares de las Antillas, del Caribe o Golfo de México, con nombres de mujer. El Herthie, el Mary, el Sofía..., dicen, se desplaza a tantos kilómetros por hora, en tal o cual dirección y se van indicando los destrozos producidos minuto a minuto. Quien así procedió, tuvo plena razón, estuvo perfectamente acertado. Quiso perpetuar con esto —sin duda alguna— esa cualidad de nuestras adorables compañeras, de por sí suaves, sumisas y dulces, que las hace destruir en un minuto de ira todo un pasado.

Pues, bien; hace algunos años —para ser más preciso, cincuenta—, uno de esos huracanes saltó océanos y continentes, para dejarse caer violentamente en Ancud (con acento en la "A", como el ancuditano pro-

nuncia honoríficamente), destruyendo en escasos minutos un importante sector de la ciudad.

No faltó quienes atribuyeron el hecho a un castigo divino, a la ira de Dios, que así quería sancionar a ese pueblo en donde comenzaban ciertos brotes radicales entre los hijos de esas islas de por sí tan católicos; o bien, sencillamente, a que nuestro Señor quería censurarlos por demostrar cierta arrogancia contraria a los principios establecidos por su Hijo sobre la tierra. Pero yo no lo creo. ¿Acaso en esa época no había regiones del país en donde el radicalismo dominaba y cundía día a día en todas las esferas sociales? ¿Acaso no existían por aquel entonces ciudades de una arrogancia y orgullo dignos de descendientes de reyes? Allí estaba Talca, sin ir más lejos: jamás había sido castigada en forma extraordinaria, a lo sumo destruida una o dos veces por terremotos; pero eso es algo

común en gran parte del territorio nacional. Ancud, por aquellos años, sin ser gran ciudad, era un pueblo suficientemente importante como para poseer un gran seminario, buenos edificios fiscales y las iglesias más suntuosas del archipiélago.

A raíz de la terrible desgracia a que me refiero, el país se conmovió, iniciando de inmediato, a lo menos en la zona afectada, una campaña de solidaridad y colecta para obtener alimentos, ropas, menajes y materiales de construcción. Asimismo, el gobierno, a pedido del intendente, dispuso que la escampavía "Yelcho", bajo mi mando, se trasladase al lugar de los hechos, lista para evacuar enfermos, heridos o familias enteras —si era del caso— a Puerto Montt o sus alrededores; al mismo tiempo que debería cooperar a las fuerzas policiales para la vigilancia indispensable en estos casos. Se designó asimismo una comisión de auxilios, presidida por el alcalde de la ciudad e integrada por el notario, dos o tres vecinos conspicuos y el comandante de la "Yelcho". Dicha comisión tenía como fin primordial el concentrar la ayuda que iba llegando, a fin de proceder a distribuirla entre los afectados.

Nuestra primera tarea consistió en hacer un censo efectivo de los damnificados, cosa bastante difícil, porque ni los planos de la ciudad, ni los registros municipales eran muy perfectos, al extremo que, cuando todos estimábamos que las viviendas destruidas no pasaban de cien, las listas triplicaban el número de familias afectadas; todos aseguraban ser víctimas del terrible tornado. Asimismo, mientras los inspectores municipales estimaban que el barrio afectado era de gente humilde, dueña de viviendas de poco valor —poquísimas de regular calidad—, los afectados trataban de convencer a la comisión que sus casas eran de primera categoría. ¿Decir que vivían en un cuarto? Eso no: todos disponían de dormitorios, comedor, cocina y baño. En el inventario declarado, figuraban tinajas de baño, lavatorios de patente, techos de zinc; las humildes cocinillas se habían transformado en otras de gran calidad, a carbon. ¿Que dormían tres o cuatro niños en un jergón?... ¡Mentira! Cada familia contaba con dormitorios suficientes y camas independientes para cada hijo.

Cuando se comenzó a tasar las propiedades destruidas, la tarea fue aún más difícil; mientras los inspectores municipales

aseguraban que no había viviendas que costaran más de dos o tres mil pesos de la época, todos reclamaban por su casa a lo menos veinte mil; nadie se conformaba con que se le asignara la mitad.

—Pero, señor —decían algunas— (siempre las mujeres tenían la palabra) ¿acaso no se han reunido grandes sumas de dinero para ayudarnos?; tomen en cuenta que sólo en los alrededores —Chacao, Linao o Quetalmahue— las hijas de don Chirico han colectado grandes cantidades.

En verdad, los diarios locales, incluso la generalidad de la prensa nacional, elogiaban el éxito obtenido por una nueva técnica empleada por las recaudadoras de donativos, que consistía en ir clavando alfileres en todo el cuerpo a medida que extraían hasta el último centavo al sufrido peatón. Con los años conocí esa técnica en Andalucía, en donde las gentiles recaudadoras van clavando alfileres en la solapa, pecho, mangas, pantalones y en cualquiera parte del cuerpo, hasta que se convencen que han sacado la última "perra gorda" del sufrido y cruelmente perseguido donante. ¡Y esta técnica había surgido en la zona, gracias a las hijas de don Chirico!

Don Chirico era un español llegado a Chile años atrás, radicándose en Ancud con su familia, compuesta por su esposa y dos hermosas chicas nacidas en Sevilla. En el momento que nos ocupa, tendrían dieciocho años y eran realmente encantadoras, dueñas de esos ojazos típicos de Andalucía y de una mata de pelo que peinaban con un moño digno de Romero de Torres. Sin duda, una mujer como ellas fue la que inspiró al gran pintor para ese cuadro que en el museo de su nombre, en Córdoba, tituló "Viva el pelo".

Cuando don Chirico conoció el Canal de Chacao, no quiso abandonarlo más; tenía para él el encanto del Guadalquivir. La entrada o salida del canal de barcos o goletas le golpeaba el corazón, reviviendo en sus ojos aquellos que desde Cádiz surcaban el río señorial rumbo a Sevilla, o que se alejaban de ésta hacia altamar, llevando sus tripulantes el perfume de claveles enredado en sus recuerdos. Aún cuando de marinero sabía poco, fue imponiéndose de las cosas del mar, y en sus correrías en busca de mariscos, fue conociendo árboles, piedras y promontorios que le permitieron poco a poco orientarse, primero en un pequeño bongo, luego en un bote con dos

remos, más tarde en un falucho, para llegar a considerarse capaz de guiar a través del canal cualquiera embarcación. Logrado esto, consiguió que nuestras autoridades marítimas lo designaran "Práctico del Chacao", título que lucía con orgullo cuando lo conocí.

Sus hijas se habían educado en Puerto Montt, donde conservaban grandes admiradores —guapas que eran— y no sólo en ese puerto, sino en toda la región de Chiloé, les llovían los pretendientes. No es de extrañarse entonces el éxito por ellas obtenido cuando salieron a clavar alfileres...

La comisión de auxilios se reunía diariamente, durante largas horas para estudiar antecedentes y, poco a poco, a medida que llegaban víveres, menajes o ropas, los iban distribuyendo entre los más necesitados. Ya al atardecer, nos reuníamos el notario e inolvidable amigo Roberto Goldenberg; Rubén Azocar, magnífico poeta y pedagogo; el fino parisiense Jean Dreyfus, hermano de quien llenara algunas páginas en la historia de Francia, y, naturalmente, don Chirico, el simpático español, que nos festejaba con exquisitas ostras o mariscos regionales. ¡Momentos imborrables aquellos!

Cuando se puso a nuestra disposición el dinero reunido para ayudar a los damnificados, la tarea de distribuirlo fue, no solamente difícil, sino graciosísima. Las buenas gentes no se conformaban así como así; todo lo que se les asignaba era poco, presentando diariamente nuevas demandas; algunas mujeres hasta pretendiendo convencernos que el tornado les había llevado más de un hijo.

—¡Pero mujer... si a todo el mundo consta que tú tienes solamente dos niños!

—No, señor: tenía cuatro; los que me faltan se los llevó el tornado.

Fue indudablemente un huracán terriblemente destructor: no dejó casa en pie, ni siquiera demostraciones de que algo hubiera existido por donde pasó; se llevó de cuajo baños enlozados, lavatorios de patente, techos de zinc, molinos de viento y más de un angelito.

Algunos maridos listos aprovecharon la ocasión para desaparecer definitivamente del hogar. Ellas, cuando se las consultaba, repetían entre lágrimas:

—¡Dios lo tenga en su santo reino!; al pobrecito se lo llevó el tornado.

